

Desde Marx a Wallerstein, más allá del Capitalismo

Freddy Timmermann¹

La perspectiva crítica

Sin duda, la visita del historiador mexicano Carlos Aguirre Rojas² a la Universidad Católica Silva Henríquez, en agosto del año 2010, ha generado una profunda y necesaria reflexión respecto a los presupuestos teóricos y metodológicos que sustentan el trabajo historiográfico. Sin duda, han surgido también puntos de vista distintos a los suyos, lo que ha generado un saludable disenso que a todos enriquece. Precisamente, estas desavenencias nos han motivado a dejarlas por escrito, centrándonos en el libro de su autoría que presentó, *De Carlos Marx a Immanuel Wallerstein, nueve Ensayos de Historiografía Contemporánea*³.

Nos hemos sorprendido con un libro que presenta sin más preámbulos los nueve estudios, sin palabras introductorias respecto a los temas que trata. Sin embargo, Aguirre expone en el primer capítulo la orientación fundamental que lo lleva a investigar las obras de los historiadores que analiza: “la necesaria y cada vez más urgente presencia, actualización y desarrollo de *perspectivas críticas*, en el plano de la teoría y de los diversos análisis sobre las sociedades contemporáneas de todo el mundo, que sean capaces de abrir caminos y de proponer salidas *alternativas* a este mundo capitalista que continúa aún desarrollándose”. Sin duda, Aguirre expone, con gran claridad y admirable pedagogía narrativa, el contexto de producción de la obra de cada autor, incluyendo elementos de su biografía personal, profesional e intelectual, analizando desde ello la original lógica historiográfica que cada

-
- 1 Académico de la Universidad Católica Silva Henríquez (Chile) y Universidad Andrés Bello (Chile). E-mail: ftimmer@ucsh.cl
 - 2 Doctor en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Postdoctorado en Historia en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Es Investigador Titular en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y Profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Sus trabajos más conocidos son *Antimanual del Mal Historiador o ¿Cómo hacer hoy una buena historia crítica?* (Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2003) y *La “Escuela” de los Annales. Ayer, Hoy y Mañana* (Barcelona: Editorial Montesinos, 1999).
 - 3 Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2010, 271 páginas.

uno desarrolla. Esta detallada bibliografía que sustenta y amplía estos puntos, la agradecemos y disfrutamos.

Es observando a los nueve autores en su totalidad cuando nos formamos una idea completa de la “perspectiva crítica” que expone. En el capítulo primero, “Carlos Marx y el aporte todavía vigente del marxismo para las ciencias sociales del siglo XXI”, sostiene que existen “lecciones todavía vigentes para una historia aún crítica... derivadas de su versión marxista fundadora”. Afirma que la primera lección que Marx deja se refiere al “estatuto de la historia... a la necesidad de concebir que toda la actividad que desarrollamos, y todos los resultados que vamos concretando, están claramente encaminando hacia la consolidación de un proyecto de construcción de una *ciencia de la historia*”. Agrega que esta debe abarcar todos los territorios hoy ocupados por las “llamadas ciencias sociales”, ser una ciencia histórica global y poseer un estatuto científico. La segunda lección de Marx es que la ciencia histórica debe ser profundamente social, y la tercera, que debe desarrollar un análisis materialista. La cuarta, refiere la relevancia que deben poseer en ella los hechos económicos, y la quinta, que se debe explicar “desde el punto de vista de la totalidad”. La sexta, que debe existir una perspectiva dialéctica en su trabajo, y la séptima, que se deben construir siempre una historia y análisis “críticos”.

Luego, en “Walter Benjamin y las lecciones de una historia vista a *contrapelo*”, en primer lugar expone elementos propios de su biografía. Es notable cómo logra, con Benjamin y los restantes siete autores que analiza, articular sus contextos de época y las biografías personales e intelectuales con sus construcciones teóricas y su originalidad. En el texto “Sobre el Concepto de Historia”, expone, desde la sexta Tesis de Benjamin, que “articular históricamente el pasado no es conocerlo como realmente ha sido” y lo único que lo permite es la recuperación selectiva de sólo ciertos hechos, sucesos o procesos desde el “principio constructivo” correspondiente a cada época, delimitado por una explícita “estructura teórica”, rescatando todos los pasados vencidos, analizando la historia desde una mirada que sistemáticamente pase sobre ella “el cepillo a contrapelo”. El tiempo histórico es un “tiempo actual”, “lleno”, “denso”, “cargado de sentido”, una constelación cargada de tensiones. Como son todos diferentes, cada fenómeno histórico convoca para ser explicado a sus propios “pasados relevantes”. Así, se toma una distancia radical del positivismo, historicismo, historia oficial y del marxismo vulgar.

Posteriormente, al analizar a Norbert Elias, también lo sitúa previamente en su contexto biográfico. La explicación del “proceso de la civilización” que realiza Elias lo muestra como uno “que hace más fluidas y pacíficas a las relaciones entre los hombres, mientras que agudiza y potencia las tensiones y contradicciones internas entre los individuos”, “pacificación de la vida social”

que se genera a partir de “la constitución del Estado como único depositario del monopolio legítimo de la violencia física”. Es un nuevo disciplinamiento de los instintos, necesidades y comportamientos humanos que elimina sus funciones espontáneas y fluidas. Con ello, propone una “perspectiva” “radicalmente crítica frente a la modernidad y su proceso de civilización”.

El cuarto capítulo lo dedica Aguirre a Marc Bloch. La biografía es particularmente extensa y por medio de ella Aguirre perfila los aportes del autor y las influencias que recibe. De Pirenne, el “método comparativo” y el “modelo de una historia interpretativa y crítica atenta a la centralidad de los hechos económicos dentro de la historia”. Comenta detalladamente “Los Reyes Tauraturgos”, “un modelo de historia cultural que no es para nada historia de las mentalidades” y también “La Sociedad Feudal”, “un verdadero modelo de lo que debe ser una historia *global*” y “una aplicación paradigmática de *método comparativo en la historia*”. Especialmente, refiere al “proyecto de los Annales”, que “desplazará el epicentro de los estudios desde el espacio cultural germanoparlante al hexágono francés” y realizará una “crítica radical y un desmontaje teórico de la historia positivista” revolucionando la teoría de la historia, una nueva definición de su objeto global de estudio y una nueva concepción de su ejercicio. Afirma que la “Apología para la Historia o el Oficio del Historiador” es una lograda “síntesis metodológica” de estos primeros Annales de 1929-1941.

En “(Re)construyendo la biografía intelectual de Fernand Braudel” –el capítulo más extenso, junto al que dedica a Wallerstein– se refiere a uno de los continuadores de la Escuela de los Annales. A partir de un desarrollo amplio de su biografía analiza sus aportes historiográficos, primero, siguiendo “El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II”, destacando sus lecciones en cuanto al método: sin teoría preconcebida, generando un cambio de “episteme” en las Ciencias Sociales. Luego, desde el artículo del año 1958, “Historia y Ciencias Sociales. La larga duración”, la teoría sobre los diferentes tiempos históricos. Para Aguirre, en “Civilización material, economía y capitalismo”, Braudel ofrece “una nueva teoría general sobre el capitalismo y claves fundamentales para la explicación de la modernidad capitalista”, elaborando “una novedosa y sugerente explicación de la génesis y desarrollo del mundo moderno entre los siglos XIII y XX”. Finalmente, analiza la influencia del presente vivido por Braudel en sus trabajos historiográficos: 1929-1939 sobre “El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II” y la coyuntura de postguerra 1945-1968 sobre “Civilización material, economía y capitalismo”. Para Aguirre, la “obra braudeliana no es comprensible más que como obra producida en nuestro pequeño siglo XX histórico”.

El sexto capítulo Aguirre lo dedica a Michel Foucault, cuyo trabajo, sostiene, se muestra “como un complejo y variado universo de hipótesis, teoremas,

análisis y exploraciones. Susceptible de múltiples entradas y aproximaciones". Lo aborda comparándolo con los resultados de la historiografía francesa y respecto al rol que jugó en Francia en la coyuntura "del emblemático año de 1968". Foucault critica la historiografía positivista y empirista. Frente a la continuidad de la historia tradicional defiende una historia o genealogía "cuya clave es la discontinuidad". Para no partir de los "hechos evidentes" como el positivismo, tratará de "disolver las apariencias-evidencias". Frente a la "causalidad lineal y al modelo del tiempo continuo y también unilateral" opondrá una "nueva teoría de las diferentes temporalidades sociales". Frente al esquema del análisis evolutivo propone una "historia conscientemente selectiva". Con su noción de "episteme", delimita el "campo de los posibles" de la construcción discursiva de la sociedad.

Sobre la obra de Carlo Ginzburg, "El Queso y los Gusanos", Aguirre afirma que su vasta difusión se debe "al contexto que, en el mundo entero, fue construido como resultado de la profunda revolución mundial de 1968" y que en ella "se encuentra contenida la propuesta de un "nuevo modelo de historia crítica para el examen de las culturas subalternas". Ginzburg critica en su introducción la historia francesa de las mentalidades y la historia tradicional de las ideas, que exponen sólo aquellas aristocráticas, despreciando la cultura popular. Ante las opiniones que sostienen la inaccesibilidad de la cultura popular, reconociendo esta dificultad, "busca los modos oblicuos, las formas de interpretación a contrapelo, las estrategias de lectura intensivas e involuntarias y los modos de aplicación del paradigma indiciario, necesario para el complejo acceso a esas culturas". Señala también los límites de la historia cuantitativa y serial, relevando los aspectos más cualitativos. Luego, Aguirre analiza las influencias de Bloch en Ginzburg en cuanto a las temporalidades históricas, la síntesis compleja de los diversos estratos culturales, los espacios culturales no homogéneos. También las de Bajtin, en cuanto a la inagotable capacidad de esta cultura de generarse autónomamente en forma permanente, a tomar el punto de vista de las propias clases subalternas y la influencias de E.P. Thompson y Natalie Zemon Davies en cuanto a que no es imposible la reconstrucción de estas culturas.

Finalmente, analiza el carácter de la Historia Cultural que desarrolla Ginzburg: que es un campo reciente y en construcción, que no es ni unitaria ni homogénea sino un campo de fuerzas dividido entre la cultura hegemónica (no sólo "dominante") y las múltiples subalternas (no sólo cultura popular), en un movimiento de circularidad constante, mostrando una gran diversidad y heterogeneidad intrínseca. Uno de los rasgos fundamentales del modelo de Ginzburg es que esta historia de las culturas subalternas se construye desde la interioridad de la misma. Para Aguirre, la cultura subalterna posee una gran capacidad de renovación, inagotable por su conexión con el mundo de la experiencia práctica, lo que le otorga autonomía.

En el capítulo octavo (“Edward Palmer Thompson y la economía moral de la multitud en el mundo del siglo XXI”), Aguirre, luego de exponer su biografía intelectual, enfatiza su trabajo “La formación de la clase obrera en Inglaterra”, para explicar que el concepto “economía moral” fue construido gradualmente. Analiza las diferentes interpretaciones del concepto. Se contraponía al de economía de mercado, en el sentido de Adam Smith, que Aguirre considera una interpretación “muy limitada”, pues Thompson enfatiza la comprensión de la protesta social y política para hacerlo con los motines populares de subsistencia. Sostiene que existe una economía moral de las clases dominantes (o paternalista) y otra de las clases subalternas; enfatiza la centralidad de la lucha de clase y proyecta su utilidad para el análisis de las realidades del siglo XX también.

Expresa que otros autores enfatizan los determinantes de la dimensión moral del concepto, lo que minimiza la importancia que Thompson le da a su dimensión cultural. Aguirre afirma que las fuerzas de la “economía moral” son más que económicas, fuerzas muy poderosas, autoactivantes, de regulación social y moral; que funciona contra la autoridad o clases ricas, pero también como autorregulación en las mismas clases subalternas; que se establece a partir de una cierta moral ética de las clases populares. No sólo se limita al ámbito económico sino a la cultura plebeya o popular y a las costumbres; no se deriva de la cultura plebeya o católica u oficial dominante y en ella la fijación de lo correcto o incorrecto no tiene relación con criterios jurídicos oficiales o burgueses. Puede manifestarse también en contra de los propios miembros de las clases subalternas y está vinculada con las formas de resistencia y protesta social.

Por último, en “Immanuel Wallerstein y las perspectiva crítica del Análisis de los sistemas-mundo”, describe su obra en función de cuatro ejes temáticos. El primero es el “eje histórico-crítico” de explicación de la historia del capitalismo, desde el siglo XVI, y de la modernidad que aún se vive, pensando al capitalismo como problema global. La unidad de análisis es la totalidad: el planeta. La estructura jerárquica interna: centro, periferia, semiperiferia, con distintas dinámicas y curvas de transformación, con diversos tiempos históricos y ritmos. El segundo eje es el análisis crítico del largo siglo XX (1870-¿2050?), centrado en la hegemonía de EEUU, con dos articulaciones temporales: 1870-1968 y 1968-¿2050?. Son sugerentes, pero no por ello menos discutibles, los períodos propuestos y sus fundamentos, así como el análisis que realiza de la “revolución de 1968”.

El tercer eje considera dos aspectos: el estudio de la historia más inmediata (1968), y el que nos parece el más cuestionable, el estudio de escenarios prospectivos. Critica las “pseudoteorías” de la globalización y mundialización, pues ocultan el hecho de que desde la crisis de 1968-73 el capitalismo “ha entrado más bien en la etapa final de su ciclo histórico de vida”, síntomas

que caracteriza para expresar finalmente que estos “escenarios prospectivos” no se desplegarán “más allá” “de alguna fecha situada aproximadamente entre los años 2025 y 2050”.

El cuarto eje que Aguirre explica de la obra de Wallerstein es el de la reflexión epistemológica crítica “respecto a nuestros modos habituales de aprender las realidades sociales que investigamos”, referido a la unidisciplinariedad y a que la historia no estudia sólo el pasado sino el presente. Critica la interdisciplinariedad, la pluridisciplinariedad o transdisciplinariedad y plantea que el elemento dominante es el “fin de las certidumbres epistemológicas”.

Los contrapoderes cotidianos

Aguirre se centra en Marx, a quien sobrevalora historiográficamente en función de los restantes autores tratados, a ratos forzando sus dependencias de él. Realiza varios juicios de valor que no son debidamente fundamentados en el texto, quedando sólo en un enunciado: que el “paisaje” de las ciencias sociales contemporáneas se “encuentra totalmente influenciado”, “en lo que se refiere a estas manifestaciones del pensamiento crítico, y a las posiciones siempre más innovadoras y de vanguardia en todos los campos de este análisis múltiple de lo social, por dicha impronta del marxismo original, y después de las diversas tradiciones de los múltiples marxismos del siglo XX”. O bien: “... cuando intentamos, de una manera consciente, llevar a cabo un análisis histórico que sea realmente *científico* y verdaderamente *comprehensivo* y *explicativo* de las realidades que investigamos, nos vemos entonces obligados a inscribirnos dentro del horizonte global del pensamiento crítico actual, y con ello dentro de una línea de filiación intelectual que es simplemente *incomprensible* sin esa raíz fundadora y estructurante que es la perspectiva crítica del marxismo original”. Se habría necesitado exponer otras manifestaciones historiográficas del período estudiado y, luego, realizar las debidas comparaciones para sustentar estas afirmaciones. Además, es indudable que los análisis de todos los autores elegidos operan sobre hechos situados en un contexto, que es el capitalismo contemporáneo y sus estructuras. Lógicamente, sus perspectivas son coincidentes, desde materiales, métodos y teorías distintas, lo que no significa que necesariamente exista una dependencia de quien, cronológicamente, es el primero en referirse al tema, Marx.

La obra que comentamos se sustenta en un dato-valor que lleva a Aguirre a percibir el devenir histórico sólo como “explotación, opresión, injusticia y discriminación”, que es como caracteriza al “capitalismo”, “un mundo explotador, opresivo, injusto y discriminador en una escala cada vez más insoportable e intolerable para toda la gente”. Por ello, toma una posición que dificulta percibir una realidad histórica más amplia y más sutil que la suerte

de polarización en que sitúa el devenir histórico, derivado de las intenciones de explotación económica capitalista de las elites existentes en toda sociedad. Ello, nos parece, desconoce que el fenómeno humano tiene espacios de desarrollo histórico societal e individual que no dependen necesariamente de las lógicas que el desarrollo capitalista impone o propone. Desconoce la existencia, por ejemplo, de desarrollos humanos que sobrepasan la dicotomía Estado-sociedad, de economías políticas provenientes de la vida misma en general que actúan ante el Estado soberano como biopoderes individuales situados en el lenguaje, en los cuerpos, en los miedos, que pueden producir en cierta medida un contrapoder mínimo situado en lógicas distintas. En la explicación que realiza Elias del "proceso de la civilización" sostiene que este hace "más fluidas y pacíficas a las relaciones entre los hombres, mientras que agudiza y potencia las tensiones y contradicciones internas entre los individuos", "pacificación de la vida social" que se genera a partir de "la constitución del Estado como único depositario del monopolio legítimo de la violencia física". Es "un nuevo disciplinamiento de los instintos, necesidades y comportamientos humanos que elimina sus funciones espontáneas y fluidas". Sin embargo, a partir de lo anterior, uno también puede preguntarse, por ejemplo, si la capacidad de adaptación de cada individuo, ¿no puede convertir la desestabilización, el dolor o los miedos iniciales generados por este proceso en equilibrio hacia un nuevo sistema vivencial, más íntimo, por cierto?, ¿no es capaz de generar un poder a escala cotidiana que le permita acceder a otros grados de sobrevivencia o vivencia? Creemos que ello sí ha ocurrido y ocurre a lo largo de la historia. La historiografía debe dar cuenta teórica y metodológicamente de estos espacios de "felicidad" o "realización", si se quiere, en los mundos personales, familiares, o locales, en los barrios, en que los individuos desarrollan sus vidas con una plenitud que las categorías que sustentan la ocurrencia de un permanente antagonismo societal prácticamente ignoran o minimizan. Además, todo individuo, incluso el más humilde, está sumido en más de una lógica en sus relaciones de poder societal o individual, y en algunas de ellas es él quien impone las hegemonías. La obra de Foucault, Ginzburg o de Benjamin pueden también leerse en estas perspectivas. El capitalismo, con su brutalidad de explotación constante, es una realidad que no se puede ignorar, pero la economía de dolor que genera es incompleta en su comprensión si no se atienden debidamente los espacios de desarrollo histórico de los biopoderes individuales.

Sin duda, el capitalismo teje contextos vivenciales de injusticia y explotación que menoscaban o impiden un desarrollo humano más amplio, y nos parece correcto poner a la historiografía a pensar las lógicas en que ello opera. Sin embargo, en este afán, paradójicamente, no se puede soslayar o evitar el peso que en ello tiene el amplio pasado y, sobre todo, su punto de llegada, el presente. El capitalismo posee también aspectos enormemente positivos para el desarrollo humano que deben reconocerse, y la historia humana

transita por espacios personales ajenos al capitalismo que también es necesario perfilar. Entonces, si se propone pasar “el cepillo a contrapelo” sobre el pasado, que se haga pensando generosamente que Foucault, Ginzburg, Benjamin, Elias y el mismo Thompson también permiten observar historias paralelas no necesariamente inscritas en el capitalismo, comprendiendo que es a partir de estos conocimientos como posiblemente también el habitante común y corriente puede construir espacios de libertad personales valiosos y concretos, inmerso en el capitalismo, pero con legitimaciones distintas en no poca medida.

Solo profetas del pasado

El tercer eje de la obra de Wallerstein en el estudio de los escenarios prospectivos es fundamentado por Aguirre sosteniendo que, al haber estudiado los ciclos hegemónicos de la historia capitalista, como el holandés del siglo XVII, el inglés del XIX y el norteamericano del XX, Wallerstein puede “incluso pronosticar desde ahora que el casi seguro vencedor de esta disputa habría debido ser Japón, si el capitalismo no estuviese ya en su situación de *crisis terminal y definitiva*”. Más allá de la discusión de la pertinencia historiográfica de estas afirmaciones, en cuanto a su sustento empírico, nos parece que, al sostener que desde la crisis de 1968-73 el capitalismo “ha entrado más bien en la etapa final de su ciclo histórico de vida” y que sus “escenarios prospectivos” no se desplegarán “más allá... de alguna fecha situada aproximadamente entre los años 2025 y 2050”, Aguirre olvida un fundamento básico de la historiografía, que Paul Hazard expresa diciendo que a los historiadores nos es permitido sólo ser profetas del pasado.

Para Foucault, el “acontecimiento” no es una decisión, un tratado, una batalla, un reino sino una relación de fuerzas que se invierte, un poder confiscado, un vocabulario retomado y vuelto contra sus usuarios, una dominación que se debilita, se distiende y se envenena ella misma, y otra que hace su entrada oculta⁴. Pensando en esta perspectiva del acontecimiento, nos preguntamos, ¿es posible anteceder desde las fuentes utilizadas por un historiador todas las “entradas ocultas” que operan en el tiempo historiográfico y, sobre todo, en el presente en desarrollo? y ¿Es posible, con las teorías y metodologías disponibles, anteceder el significado y los efectos de estas entradas en forma certera? A lo largo del siglo XX, la historiografía ha venido expresando la imposibilidad de realizar cualquier predicción exacta sobre el comportamiento futuro del capitalismo, en distintos siglos. Desde la historia de las ideas, en un viejo texto de 1936, *El Liberalismo Europeo*,

4 “Nietzsche, la généalogie, l’histoire”. En: Revel, J. (2008). *El Vocabulario de Foucault*. Buenos Aires: ATUEL, p. 56.

el historiador inglés Harold Laski⁵, ya había llegado, con otros materiales historiográficos, a esta conclusión. Afirma allí que el liberalismo es una filosofía nueva, una doctrina, un modo de ver, un hábito mental que daba una justificación racional al mundo capitalista recién nacido en el siglo XVI. Sostiene que es una doctrina coherente, pero no aparece como un cuerpo de doctrina o práctica plenamente logrado y que el proceso de su construcción nunca fue directo y muy pocas veces consciente, lo que hace imposible toda precisión. Agrega que el aspecto consciente son los esfuerzos deliberados de los pensadores.

También, en cierta medida, Braudel, en el tomo II de *Civilización Material, Economía y Capitalismo*, piensa en forma similar. Sostiene que el capitalismo en los siglos XVII y XVIII no acepta todas las posibilidades de inversión y de progreso que le propone la vida económica, que no cesa de variar de coyuntura en coyuntura, de siglo en siglo. Afirma que su superioridad es poseer los medios para imponer o cambiar la estrategia que los otros seguirán, pues se ha apoderado de las llaves del comercio a distancia, disponiendo además del privilegio de la información y de las complicidades de la sociedad y el Estado. Finaliza afirmando que el capitalista no es el mercado sino que lo configura y manipula⁶.

Ugo Pipitone, en *La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo*, trabaja desarrollos económicos diversos en los siglos XIX y XX. Afirma que la expansión del capitalismo en el espacio y su evolución en el tiempo se despliegan modificando aquellos de sus rasgos que aparecían definitivos y permanentes en etapas previas. Para él, la dificultad consiste en la imposibilidad de describir la marcha histórica del capitalismo a partir de un número limitado de factores definitorios que puedan ser asumidos como permanentes. Afirma que no se trata tanto de reconocer lo evidente, que la realidad es siempre más rica en manifestaciones y posibilidades que cualquier teoría que intente expresarla, sino que el desarrollo del capitalismo a escala mundial se da a través de procesos que no “repiten” experiencias previas sino que promueven estructuras económicas, pero sobre todo “lógicas de funcionamiento”, que difícilmente serían reconocibles a partir del molde metropolitano primario. De acuerdo a ello, sostiene que la historia nos entrega una enseñanza inquietante: que el modelo originario se reproduce a escala mundial más en sus formas exteriores que en las expresiones fisiológicas que corresponden a una anatomía superficialmente símil. Pipitone termina expresando que la historia mundial del capitalismo es mucho más que la reproducción mecánica de rasgos que corresponden a un arquetipo

5 Laski, H. (1988). *El Liberalismo Europeo*. México D.F.: FCE., pp. 12-15.

6 Braudel, F. (1984). *Civilización Material, Economía, Capitalismo. Siglos XV-XVIII*. Madrid: Alianza Editorial, Tomo II, p. 345.

inalterable. Es creación de condiciones, obstáculos y posibilidades permanentemente originales⁷.

La historiografía es, esencialmente, interpretación. Aguirre lo hace teniendo siempre presente a Marx, desarrollando lo que denomina *perspectivas críticas*, para “abrir caminos y proponer salidas *alternativas* a este mundo capitalista que continúa aún desarrollándose”. Es una interpretación historiográfica sumamente valiosa que, a partir de otras nueve interpretaciones, razona el desarrollo temporal del mundo contemporáneo, e incluso de su futuro. Se podrá estar o no de acuerdo con ella, parcial o totalmente, pero, indudablemente, nos ha permitido acceder a los temas centrales que constituyen nuestro quehacer, de la mano de una estrategia narrativa fluida, clara y muy informada de cada uno de los autores que trabaja. Su interpretación invita a seguir pensándolo, a tensionar su trabajo en función de la Historia del Tiempo Presente o Reciente, de lo que somos como sociedad, pero también de nuestra mirada y vivencias como individuos que no se agotan en su producción de sentido en el capitalismo.

7 Pipitone, U. (1995). *La salida del atraso. Un estudio histórico comparativo*. México D.F.: Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica, pp. 13-14.